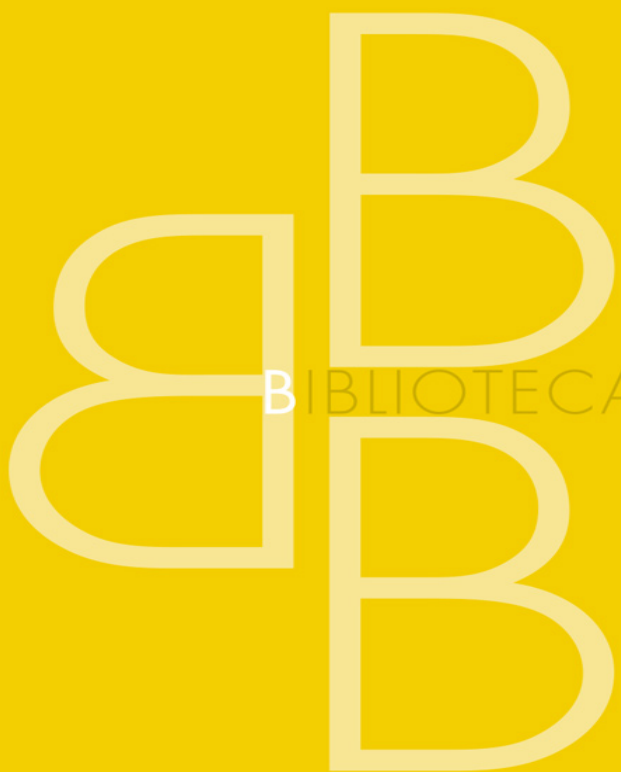




BIBLIOTECA BÍBLICA BÁSICA

Historiografía posexílica: 1 y 2 Crónicas, Esdras, Nehemías, 1 y 2 Macabeos

Gabriel Fierro y Ana Laura Castillo



GABRIEL FIERRO Y ANA LAURA CASTILLO

HISTORIOGRAFÍA
POSEXÍLICA:
1-2 CRÓNICAS, ESDRAS,
NEHEMÍAS, 1-2 MACABEOS

Biblioteca Bíblica Básica

6

evd

CONTENIDO

Presentación de la colección por los directores

PRIMERA PARTE:
1-2 CRÓNICAS, ESDRAS Y NEHEMÍAS.
Gabriel Fierro

Introducción

Capítulo I. LOS LIBROS DE LAS CRÓNICAS

I. Cuestiones preliminares

1. Título
2. Contenido
3. Fecha de composición
4. Breve reseña histórica del período persa
5. Propósito de la obra
6. Relación de Crónicas con el canon
7. El autor de Crónicas

II. 1 Crónicas: Guía de lectura. Un gran prefacio: ¿Por qué somos el pueblo elegido?: 1 Cr 1–10

1. Somos del linaje humano de Adán (1 Cr 1)
2. Somos del linaje real de David (1 Cr 2,1–5,26)
3. Somos del linaje sacerdotal de Leví (1 Cr 5,27–9,34)
4. Una advertencia: las consecuencias de la infidelidad (1 Cr 9,35–10,14)

III. 1 Crónicas: Guía de lectura. Elegidos para ser un reino sacerdotal: 1 Cr 11–29

1. David: rey cumplidor de la alianza (1 Cr 11–14)

2. David: sacerdote de la alianza (1 Cr 15–17)

3. El reino de Dios sobre la tierra (1 Cr 18–22)

4. El culto sacerdotal sobre la tierra (1 Cr 23–28)

IV. 2 Crónicas: Guía de lectura. El templo: trono del reino sacerdotal: 2 Cr 1–9

1. Liturgia de construcción del templo (2 Cr 1–4)

2. Liturgia de consolidación del reino sacerdotal (2 Cr 5–9)

V. 2 Crónicas: Guía de lectura. Un reino en decadencia: 2 Cr 10–27

1. Un reino de pasos tambaleantes (2 Cr 10–16)

2. Un reino que se desmorona (2 Cr 17–28)

VI. 2 Crónicas: Guía de lectura. Entre el pesimismo y la esperanza: 2 Cr 28–36

1. Claroscuros del reinado de Ajaz (2 Cr 28)

2. Luces del reinado de Ezequías (2 Cr 29–32)

3. Luces y sombras de dos reyes (2 Cr 33)

4. Josías: el último rey luminoso (2 Cr 34–35)

5. Una luz brilla en las tinieblas (2 Cr 36)

Capítulo II. LOS LIBROS DE ESDRAS Y NEHEMÍAS

I. Cuestiones preliminares

1. Título

3. Fecha de composición

4. Breve reseña histórica del período persa

5. Propósito de la obra

6. Relación de Esd-Neh con el canon y su autor

II. Esdras: Guía de lectura. La restauración del templo: Esd 1–6

1. El nuevo éxodo (Esd 1)

2. La reocupación de la tierra (Esd 2)

3. Reconstrucción del altar (Esd 3)
4. Siempre hay adversarios (Esd 4)
5. El impulso profético (Esd 5)
6. Cumplimiento de las profecías (Esd 6)

III. Esdras: Guía de lectura. La restauración del pueblo: Esd 7–10

1. Un nuevo éxodo (Esd 7)
2. Preparación para la conquista (Esd 8)
3. Los peligros de la reconquista (Esd 9)
4. Purificación del pueblo (Esd 10)

IV. Nehemías: Guía de lectura. La restauración de la ciudad: Neh 1–7

1. El nuevo Moisés (Neh 1)
2. El nuevo éxodo (Neh 2)
3. Restablecimiento de la unidad (Neh 3,1-32)
4. Siempre hay adversarios (Neh 3,33–4,17)
5. Una necesaria sacudida (Neh 5)
6. Dentro de las murallas (Neh 6)
7. Medidas necesarias (Neh 7)

V. Nehemías: Guía de lectura. La restauración de la Ley: Neh 8–13

1. La primera Lectio Divina de la Ley (Neh 8–10)
2. Jerusalén como centro de la Ley (Neh 11)
3. Una Ley a dos coros (Neh 12)
4. Institución de la Ley (Neh 13)

Bibliografía básica

SEGUNDA PARTE:
PRIMER Y SEGUNDO LIBRO DE LOS MACABEOS.
Ana Laura Castillo

Introducción

Capítulo III. EL PRIMER LIBRO DE LOS MACABEOS

I. Cuestiones preliminares

1. Cuestiones literarias
2. Contexto histórico
3. Aspectos teológicos

II. 1 Macabeos: Guía de lectura. Introducción: 1,1–2,70

1. Preámbulo (1)
2. Matatías y la insurrección

III. 1 Macabeos: Guía de lectura. Primera parte. Judas Macabeo: 3,1–9,22

1. Judas y sus batallas (3–5)
2. Muerte de Antíoco. Sus sucesores (6–7)
3. Alianza de judíos con romanos. Muerte de Judas (8,1–9,22)

IV. 1 Macabeos: Guía de lectura. Segunda parte. Jonatán: 9,23–12,54

1. Primeras hazañas de Jonatán (9,23–10,89)

V. 1 Macabeos: Guía de lectura. Tercera parte. Simón: 13,1–16,24

1. Simón, jefe enaltecido (13–14)
2. Últimos hechos de Simón y su fin trágico (15,1–16,24)

VI. Conclusión

Capítulo IV. EL SEGUNDO LIBRO DE LOS MACABEOS

I. Cuestiones preliminares

1. Aspectos literarios
2. Contexto histórico
3. Aspectos teológicos

II. 2 Macabeos: Guía de lectura. Introducción y prefacio: 1–2

1. Introducción (1,1–2,18)
2. Prefacio del autor (2,19–32)

III. 2 Macabeos: Guía de lectura. Primera parte. Profanación y restauración del Templo: 3,1–10,8

1. Heliodoro (3,1-40)

2. Profanación y persecución (4,1–7,42)

IV. 2 Macabeos: Guía de lectura. Segunda parte. Defensa del Templo:
10,9–15,39

1. Eventos ocurridos durante el reinado de Antíoco V (10,9–13,26)

2. Derrota de Nicanor (14,1–15,36)

V. Conclusión y comparación

1. Conclusión

2. Relación entre 1 y 2 Macabeos

Bibliografía básica

Vocabulario

Índice de recuadros, mapas y actividades

Créditos

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN POR LOS DIRECTORES

Todos los que reconocemos a Jesús como la Palabra eterna del Padre, que ha compartido con nosotros nuestra suerte y nuestra historia, estamos llamados a formar parte de comunidades cristianas más en consonancia con la Buena Noticia que nos ha traído él y que es su propia persona.

La visita del Papa Francisco a los lugares de nuestros orígenes como seguidores de Jesús y su encuentro con el Patriarca de Constantinopla son un llamado a redescubrir nuestra fuente primaria, nuestra razón de la fe que profesamos, de la esperanza que anhelamos, del amor que nos esforzamos por vivir y del camino que hemos de seguir. Todo esto nos conduce a centrar en la Palabra nuestra llamada a ser discípulos y misioneros, seguidores de Jesús y testigos fieles de su persona y de su causa. Todo esto nos orienta a fincar en el Evangelio nuestras relaciones fraternas, a responder al llamado de ser una Iglesia evangelizadora que comienza por evangelizarse a sí misma para dar un testimonio creíble de Jesús.

En la construcción de una Iglesia más cercana a la Palabra viva y transformadora de Dios, esta colección de la «Biblioteca Bíblica Básica» (BBB) ha querido ser un granito de arena. Sabemos que muchas personas y comunidades están ávidas del contacto vivo con esta Palabra. Esta colección se ofrece a quienes ya tienen una iniciación bíblica fundamental y quieren profundizar en la Palabra de Dios.

Este volumen 6 quiere introducirnos al mundo que los israelitas vivieron en el período posexílico. Período que fue fecundo en la producción literaria y en la redacción final de muchas obras que traían ya su bagaje literario de épocas anteriores, adquiriendo en el posexilio su forma final. De este

período tenemos testimonios parciales en los profetas que predicaron en esta época y, sobre todo, en las obras que abordaron este tiempo.

A Ana Laura Castillo y a Gabriel Fierro los conocemos ya por la autoría del volumen 12 de esta colección que abordó las obras narrativas de Ester, Judit, Rut y Tobías y los apócrifos del Antiguo Testamento. Estas dos personas nos ponen ahora en contacto con la historiografía posexílica.

Gabriel Fierro, joven biblista proveniente de Tijuana, en la frontera de México con USA, nos introduce a los libros de las Crónicas y a los de Esdras y Nehemías, frutos de la escuela del Cronista. Crónicas quiere recordar al pueblo que vivía en el posexilio, y a nosotros también, el llamado a ser un pueblo sacerdotal. Relee la historia de su pueblo, desde la creación de Adán hasta el inicio del posexilio en esa clase fundamental. La obra de Esdras y Nehemías nos narran tiempos clave de esa época, de los siglos VI y V a.C., cuando el pueblo que vuelve del destierro y el que se ha quedado en la tierra buscan –en medio de tensiones– claves fundamentales para reafirmar, frente a los demás pueblos, la identidad judía en torno al templo, a la Ley y a la pureza de la raza.

Ana Laura Castillo, esposa, madre de familia y estudiosa de las Escrituras, nos sitúa en las obras de los Macabeos, en el siglo II a.C. Cómo se enfrenta un pueblo ante una situación nueva. No es solo el intento de helenización fraguado por Antíoco IV Epífanés, sino la persecución que deben sufrir los judíos fieles a la Ley de Dios, a su templo y a sus tradiciones religiosas, que les daban identidad. La revuelta macabea, con sus aciertos y con sus fallas, fue un intento de respuesta parcial a esa situación por la que atravesaba el pueblo judío. En medio de la persecución surge la esperanza activa que, con la fe en la resurrección, da un paso adelante y significativo en la historia religiosa del pueblo de Dios.

Esperemos que de estos libros bíblicos, conscientes de sus limitaciones propias de aquella época que aún no tenía la noticia de la revelación plena en Jesús, podamos extraer toda la riqueza que ayude a confrontar nuestra vida actual con la Palabra viva de Dios.

Los directores:
Carlos Junco Garza

Ricardo López Rosas

PRIMERA PARTE

1-2 CRÓNICAS, ESDRAS Y NEHEMÍAS

Gabriel Fierro

INTRODUCCIÓN

El pueblo de Israel es un pueblo que ha caminado por los senderos de Dios siempre de una manera tambaleante, entre aciertos y desaciertos, pruebas sublimes de fidelidad y episodios lamentables de rebeldía. En toda esta historia vacilante, este pueblo hebreo siempre ha buscado interpretar los sucesos a la luz de su fe, tratando de dilucidar cuál habría sido la voluntad de Dios latente en todos ellos.

Sin lugar a dudas, el doloroso destierro a Babilonia para la clase más acomodada de Jerusalén —sacerdotes, nobles, artesanos—, precedido de la destrucción del templo y las murallas de la ciudad, marcó un hito sin precedentes en su conciencia histórica. Ahí, en el exilio, comenzaba una manera distinta de entender su historia desde la perspectiva de una nueva creación y en la espera de un nuevo éxodo, mientras que el pueblo pobre de la tierra que había quedado en Judea seguía su camino sembrando la tierra y continuando, muy a su manera, con la religión heredada de sus padres.

Cerca de cincuenta años después, concluido el exilio, vuelven los primeros judíos a Jerusalén con su teología de la nueva alianza y del resto fiel de Israel, esperando quizá encontrar todo como antes, buscando reocupar sus tierras y pretendiendo instaurar el templo, el sacerdocio y, en un primer momento, la monarquía davídica. Tal tentativa muy pronto sería contrariada por el pueblo de la tierra y amenazada por las naciones vecinas.

Surge así la historia posexílica, creada en este tiempo ambiguo de hegemonía del Imperio persa, pero al mismo tiempo de una pluralidad y contrariedad de posturas histórico-teológicas dentro del judaísmo, cada una de ellas aduciendo ser la auténtica heredera del pueblo elegido por Dios, el resto fiel.

La primera historia posexílica en tomar forma fue el libro de Crónicas, compilado y redactado por un levita entre los siglos V-IV a.C., para mostrar a sus compatriotas que todos juntos, repatriados y asentados, sacerdotes y laicos, podrían considerar ser un pueblo sacerdotal y elegido para ser luz de las naciones, desde la creación de Adán hasta el último de los reyes davídicos. Crónicas se convierte así en un gran canto profético de esperanza, que deja abierta la puerta para una reunificación del pueblo y el anhelo de un tiempo glorioso donde el culto y la liturgia regirán la vida cotidiana del israelita.

Por otro lado, quizá poco tiempo después, otro autor recopiló y dio forma a las hazañas y vicisitudes de los grandes personajes representantes de los repatriados: Zorobabel y Josué, Esdras y Nehemías. Sintiéndose heredero del espíritu de estos protagonistas, puso su interés en consolidar la teología de la elección divina del pueblo de Israel. Decepcionado, tal vez, por el sincretismo religioso en que había sucumbido tanto el pueblo de la tierra como los primeros repatriados, hizo hincapié en la separación que debía guardar el resto fiel de todo lo demás que pudiera significar una amenaza para su santidad, encumbrando a la Ley de Moisés como la norma privilegiada de convivencia.

Finalmente, en los albores de la época helenista, un redactor final intuyó que ambas historias, la de Crónicas y la de Esdras-Nehemías, podían constituir una sola y gran historia del pueblo de Israel, desde Adán hasta Nehemías, ambos laicos con funciones de tipo sacerdotal. Así surgió la historia cronista, como un compendio de los balbuceos de un pueblo caminando hacia la santidad y la unificación. Como toda vida, como cada biografía, esta obra cronista es el reflejo de un pueblo que, en el posexilio, caminaba a tientas buscando encontrar el equilibrio y la salud, esa que solo se consigue superando las adversidades y confiando en Dios, que tiene las riendas de la historia.

LOS LIBROS DE LAS CRÓNICAS

I. CUESTIONES PRELIMINARES

1. TÍTULO

Los diversos títulos que se han dado a esta historia del pueblo de Israel reflejan en buena medida la importancia que se ha dado a la misma. En efecto, su título más antiguo, tal como aparece en la Biblia hebrea es «Hechos de los Días» (*Dibre hayamim*); una expresión referida a los anales, diarios o crónicas de acontecimientos significativos para el pueblo de Israel, tal como aparece en Ester 2,23 y 1 Reyes 14,19.

Uno o dos siglos más tarde, la versión griega de los LXX tituló a esta historia como «Las cosas omitidas» (*Paralipómenos*); así los denominó también san Jerónimo en la Vulgata. Este título no parece tan afortunado, pues da la impresión de que se trata de una simple historia tardía y modificada, no solo de los libros de Samuel y Reyes, sino de todo el Antiguo Testamento. Así, el libro de «Las cosas omitidas» comenzó un arduo caminar en el desprestigio y hasta en el olvido, como aquella historia que está por demás.

El nombre de Crónicas se deriva del título hebreo. Aunque por mucho tiempo habían sido conocidos como los Paralipómenos, Lutero, basado en la descripción hecha por san Jerónimo, los llamó Crónicas. Este es el nombre con que se le conoce en la tradición cristiana y en las actuales traducciones a las lenguas vernáculas.

2. CONTENIDO

Primero debemos decir que los dos libros de Crónicas fueron escritos originalmente como un solo libro, con una continuidad temática, literaria y teológica, fruto de un mismo autor o escuela. La traducción de los LXX propuso dividir la gran obra literaria cronista en dos partes: la primera, con la historia del rey David, precedida por un gran prólogo; y la segunda, que tiene como protagonista al rey Salomón, continuada por un gran epílogo.

Los capítulos 1–9 del primer libro contienen casi exclusivamente genealogías de las tribus de Israel y de los principales personajes del pueblo, intercaladas por relatos escuetos que sirven de «gancho» para unir las diversas genealogías, así como para explicar el porqué de nombres o costumbres de los tiempos recientes a la redacción. Después de una breve narración sobre el reinado del Saúl (cap. 10), el tiempo narrado se hace lento para describirnos con mayor hondura las características del reinado de David, y resaltar su labor como fundador del culto del templo, que aún no se construía, de manera programática (caps. 11–29).

El segundo libro de Crónicas abre con el comienzo del reinado de Salomón, y resalta sobre todo su papel en la construcción del templo de Jerusalén (caps. 1–9), continuando con el cisma del reino de Israel y el rol de cada rey de Judá a partir de ese momento, juzgándolo en relación con la fidelidad o infidelidad –los reyes del Norte son ignorados casi por completo– a la santidad del templo y a las principales fiestas y tradiciones culturales. La obra termina con la mención del edicto de Ciro que permite a los judíos regresar del destierro de Babilonia a la tierra de Judá y reedificar el templo. Este final coincide con el comienzo del libro de Esdras. De ahí la relación que se ha atribuido a los libros de las Crónicas con los de Esdras y Nehemías, que continúan con la historia del posexilio en los siglos VI y V.

3. FECHA DE COMPOSICIÓN

Hemos visto en el punto anterior que la historia narrada por los libros de las Crónicas contienen un largo período de tiempo, desde Adán hasta Ciro, rey de Persia (s. VI a.C.); pero deteniéndose con más cuidado en la historia de los reyes de Judá, desde David hasta Sedecías (ss. XI–VI a.C.). A este extenso tiempo lo podemos llamar tiempo narrado o tiempo teológico. Sin embargo, es importante tener en consideración la época posible en que la

redacción final debió ser efectuada. Esto nos ayudará a entender mejor el propósito de la obra, así como sus principales preocupaciones y la búsqueda de respuestas a la luz de la historia del pueblo.

Todos los comentaristas concuerdan en que la obra cronista fue compuesta en la época del posexilio babilónico en la región de Judá. Todavía se puede precisar un poco más la posible fecha de redacción teniendo en cuenta las siguientes consideraciones:

a) La descripción detallada de los servicios sacerdotales en toda la obra nos permite asegurar que Crónicas (= Cr) es posterior al gran día de la Dedicación del segundo templo, es decir, después del 516 a.C., año en que concluyeron los trabajos de reconstrucción del templo y dio inicio la segunda etapa de los servicios litúrgicos de este segundo templo, pues el primero –el de Salomón– había sido destruido en el 586 por el Imperio de Babilonia.

b) También se menciona una larga lista de descendientes del gobernador Zorobabel –quien vivió en el siglo VI a.C.– que nos haría remontarnos hasta el siglo IV probablemente, ya que han pasado varias generaciones después de este regente.

c) En contrapunto, en Cr no hay ninguna referencia directa o indirecta que refleje la controversia helenista, que inició en el 333 a.C. en Judea y que marcó significativamente la religión y las costumbres del pueblo judío de esa época. Asimismo, tampoco aparece en nuestra obra alusión alguna a la polémica antisamaritana de esta misma época.

Todo lo anterior, nos hace suponer, con cierta seguridad, que el libro de las Crónicas fue consignado por escrito entre el 400 y el 350 a.C., en pleno declive del Imperio persa. Esta fecha propuesta hace de la obra de Crónicas una fuente histórica, literaria y teológica de suma importancia, dada la escasez de textos provenientes de este contexto histórico, que preludia ya el ambiente contextual del Nuevo Testamento.

4. BREVE RESEÑA HISTÓRICA DEL PERÍODO PERSA

Ya que hemos situado nuestra obra cronista en el contexto histórico de su redacción, debemos reseñar, al menos brevemente, el período de injerencia

persa en Judea, que además de ser poco conocido, dista mucho de caracterizarse por ser un período homogéneo. En efecto, la política de cada emperador persa fluctuaba en relación con las provincias o satrapías que comprendía su imperio.

Quizá podamos comenzar en el año 539 a.C., cuando Ciro el Grande conquista Babilonia y establece un nuevo orden en Oriente Medio. Al parecer, ese mismo año, este rey promulgó un edicto –su historicidad resulta irrelevante para el sentido teológico del texto literario– en el que permitía a los exiliados en Babilonia –no solamente judíos– regresar a sus tierras de origen y emprender de inmediato la reconstrucción de sus casas, templos y ciudades. Sin embargo, no se puede hablar de un supuesto retorno masivo de judíos a Judea –llamada desde ese entonces Yehud por los persas.

Hay que tener en cuenta que después de cincuenta años o más en el exilio de Babilonia, la mayoría –quizá la totalidad– de los judíos exiliados ya habían muerto y cuando se permite el retorno a sus tierras, es la segunda o tercera generación la beneficiada. Podemos comprender, pues, que la mayoría de los judíos en Babilonia no desean regresar a una tierra que nunca han conocido y, mientras que algunos deciden permanecer en Babilonia, otros buscan nuevas oportunidades en regiones distintas a Judea. Es, entonces, solo una minoría los que deciden regresar a la tierra de sus padres, como lo demuestran las investigaciones arqueológicas y la importancia que siguió teniendo el pueblo judío en Babilonia.

La política del Imperio persa era de pragmatismo religioso, pues permitía que cada pueblo practicara su propia religión, tuviera sus propios templos y adorara a sus propias deidades. Esto no quiere decir que apoyaran tangiblemente la reconstrucción de sus lugares de culto, sino que lo toleraban con el objetivo de no provocar insurrecciones y motines, que generalmente tenían motivaciones religiosas.



ASÍ HABLABA ZOROASTRO

«La predicación de Spitama, el nombre con que se conocía a Zoroastro..., influyó de forma decisiva en el carácter humanista que

asumió la religiosidad persa; hablaba del amor y de la alegría de vivir y anunciaba la esperanza que trascendía la inmanencia de la vida cotidiana. Enfatizaba la obligación del rey de implantar en sus estados el “orden justo”, conforme a los designios de Dios (*Rtam*). Ciro aplicó en los territorios conquistados las consecuencias de la doctrina de Zoroastro; de ahí, el trato humano que dispensó a los babilonios tras conquistar el Imperio del Éufrates, y la decisión de permitir a las comunidades deportadas el regreso a sus países de origen» (F. Ramis Darder, *La comunidad del Amén. Identidad y misión del resto de Israel*, Sígueme, Salamanca 2012, pp. 89-90).

Esta pluralidad religiosa, una especie de globalización cultural, influyó por supuesto en los israelitas, tanto en los de Judea, como en los de la diáspora. Al parecer era una práctica común el matrimonio con otras personas de distinta religión, que ocasionaba un sincretismo religioso, comprobable con el nombre dado a los niños que contenían, con cierta frecuencia, componentes de una divinidad extranjera. Además, la mayoría del pueblo judío no consideraba la política de separación como algo crucial de su fe, sino que interactuaban de manera social, cultural y comercial con cualquiera, sin importar su estatus religioso. Los israelitas que migraron del norte al sur, descendientes de las diversas tribus de Jacob, se seguían considerando legítimamente el pueblo de Israel, al igual que los campesinos, artesanos y levitas judíos que no fueron deportados a Babilonia. Todos ellos serán designados como «el pueblo de la tierra».

Por otra parte, los desterrados a Babilonia, principalmente sacerdotes y personas de poder, denominados «Golá» (palabra hebrea que significa deportación, los desterrados), se consideraban a sí mismos el resto fiel de Israel, el legítimo y único pueblo de Dios. Cierta optimismo impulsó a los pocos que retornaron de Babilonia a la reconstrucción del templo, el mismo que decayó pronto por un sinfín de problemas y oposiciones. Tiempo después, en el 520, el impulso de los profetas Ageo y Zacarías motivó nuevamente la reconstrucción del templo; Josué, sacerdote, y Zorobabel, descendiente davídico apoyaron la obra. En medio de dificultades se inauguró un templo muy humilde en el 515.

Ya en el siglo V a.C., viejas divisiones de tipo social y espiritual hicieron que el pesimismo reinara nuevamente y se interrumpiera la consecución de la consolidación del nuevo templo, y principalmente, la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Finalmente, se logró tener un templo muy precario, que competía además con otros templos diseminados por el territorio de Judá y de Samaria. Aun cuando ya se había terminado el templo, todavía faltaban muchas obras de consolidación, tanto en lo material como en el culto. Es en este período de optimismos y pesimismo, de divisiones culturales y espirituales, que surge el Cronista, como conciliador, tratando de dar respuesta a estas situaciones que lastiman y amenazan la unidad israelita.

5. PROPÓSITO DE LA OBRA

En este ambiente agitado, con profundas divisiones internas del pueblo de Dios y con el afán de reconstruir la identidad común del pueblo –mucho más urgente que la reconstrucción del templo o la ciudad–, es cuando surge la obra cronista, con el propósito principal de proveer, desde su perspectiva, los indicios suficientes para que el pueblo de Israel asuma de manera comprometida los rasgos propios de su identidad de pueblo de Dios.

La obra cronista no es una simple compilación de historias, listas, oraciones y tradiciones del pueblo de Israel. La intención no es reconstruir una historia del pueblo de Israel como una forma de revaloración del pasado. El verdadero objetivo de esta obra es «narrar» la historia del pueblo de Israel con la finalidad de mostrar que Dios sigue estando presente en la vida actual y cotidiana del mismo pueblo. No se trata de crear una historia documentada, sino de narrar una historia interpretada y con un mensaje significativo para el presente.

Cuando el pueblo, en medio de una crisis de identidad, se pregunta por las cuestiones básicas de su ser: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿qué debemos hacer?, el autor de Crónicas redacta una teología de la historia del pueblo, o, más bien, redacta una homilía –en un sentido muy amplio– para recordar, actualizar, celebrar y orar con la historia del pueblo. En efecto, para Israel la historia tiene sentido en cuanto que es recordada (*zakar*), un

verbo que no implica solamente la memoria, sino la significación, la celebración litúrgica y la oración comunitaria.

La obra cronista no solamente trata de crear un hilo conductor de la historia desde Adán hasta el inicio del posexilio, como si fuera un gran árbol genealógico de David y sus descendientes, sino que intenta plasmar en la vida litúrgica y en la enseñanza profética que lo mismo que Dios hizo por su pueblo con los grandes patriarcas y los sabios reyes, lo puede hacer ahora con los sacerdotes encargados de la enseñanza y el culto, pero también, ya en ese entonces, encargados de cuestiones de organización y regencia del pueblo en Judea.



¿REALMENTE PASÓ ESO?

Cuando leemos la Biblia, principalmente los libros denominados históricos, es común preguntarnos si eso que leemos realmente pasó tal como está narrado. Quizá sea una pregunta equivocada la que nos hacemos. El objetivo de estos relatos históricos en la Biblia no es proporcionar información verificable sobre el pasado, sino motivar al pueblo para la fidelidad en el presente. En otras palabras, estos relatos no tratan solo sobre *ellos*, sino también sobre *nosotros* y nuestra vida con Dios. Si no los leemos con relación al presente, les quitamos su poder para conformar nuestra vida como creyentes. No podemos dejar que eso pase. Cuando leemos los relatos sobre la huida de los esclavos hebreos, los guerreros israelitas, los campesinos oprimidos, el profeta Jonás en el vientre del pez, estamos leyendo historias sobre nosotros mismos. Estos relatos son espejos en los cuales vemos reflejada nuestra propia vida con Dios; ese es su verdadero poder. Los relatos del Antiguo Testamento nos ayudan a ver cómo somos nosotros y quién es Dios (cf. L. J. Hoppe, *Priests, Prophets and Sages*, Anthony Messenger Press, Cincinnati 2006, pp. 110-111).

Así pues, no es una simple historia documentaria, sino una verdadera reinterpretación de la historia, principalmente la plasmada en los libros de

Samuel y Reyes –su fuente principal–, resaltando los personajes, lugares y tiempos que serán los paradigmas para el resto de la historia del pueblo y la situación que en ese momento estaban viviendo. Así, por ejemplo, Adán y Eva son presentados en el Paraíso en su creación por Dios, pero después de que desobedecieron el mandato de Dios, fueron «exiliados» fuera de la tierra paradisiaca. O bien, Dios crea al pueblo de Israel en el monte Sinaí con la concertación de una nueva alianza, pero por la apostasía y la infidelidad del pueblo, son condenados al exilio del desierto y no logran entrar a la tierra prometida. De esta forma, estas historias se convierten en paradigmas para el pueblo de los siglos V-IV a.C., tratando de explicarles la razón del exilio en Babilonia sufrido recientemente y dónde encontrar la respuesta para poder habitar en paz y unidad en la tierra prometida a su regreso.

Pero más allá de un simple explicar la causa por la que el pueblo está pasando por un momento histórico tan difícil, la obra cronista intenta dar esperanza a este mismo pueblo, pues expone claramente que Dios nunca ha dejado de cumplir sus promesas y que el reino de David llegará un día a restablecerse plenamente –tengamos en cuenta que en tiempos del Cronista la monarquía y la descendencia davídica ya han desaparecido–. Efectivamente, la historia contada por Crónicas es una historia que tiene a Dios como principal actor; es él quien de manera misteriosa ha guiado a su pueblo elegido y, aun cuando no sea tan evidente, sigue actuando en las acciones de los personajes del pueblo también en el presente. Esta historia es, pues, una historia de salvación que tendrá un final feliz cuando el Mesías esperado, descendiente del rey David, instaure definitivamente el reino de Dios sobre Israel y dé al templo de Jerusalén el esplendor que tenía en tiempos de Salomón.

6. RELACIÓN DE CRÓNICAS CON EL CANON

Una vez discernido el propósito principal del autor de Crónicas, es necesario explicitar la razón de reescribir una historia del pueblo que ya había sido contada en la así llamada historia deuteronomista (Jos-Jue, 1-2 Sm, 1-2 Re, prologados por el Dt) y que Crónicas conoce bien y hace uso de ella. ¿Acaso no era ya suficiente con tener esta historia deuteronomista? ¿Por qué redactar una nueva historia del pueblo?

Las respuestas a estas interrogantes se han dado de manera incipiente en el apartado anterior. El autor de Crónicas no quiere una nueva historia del pueblo, sino una interpretación de tipo teológico y litúrgico de la misma historia. De esta manera, podemos hablar de una sola historia de salvación del pueblo de Israel, pero narrada desde una perspectiva y con un propósito distinto.

Lo mismo podríamos decir acerca de la relación de Crónicas con el resto del canon del Antiguo Testamento. Crónicas enfatiza el aspecto sagrado de la vida cotidiana del pueblo con sus oraciones, sus tradiciones, sus ritos, sus fiestas sagradas; mientras que la literatura sapiencial acentúa el aspecto ordinario de la vida cotidiana del pueblo, como sus banquetes, sus relaciones familiares, sus afanes de trabajo o de estudio, etc.

En cierto sentido, la obra de Crónicas es también una obra profética, pues denuncia las violaciones a las prescripciones rituales del culto y los peligros de una vida demasiado secular, en las que las barreras o límites de lo sagrado son traspasados. Los libros proféticos, en cambio, denuncian las injusticias de la vida secular, en el campo, en el palacio del rey, en el comercio, etc. Al mismo tiempo, ambas literaturas proponen un anuncio de salvación por parte de Dios, pero Crónicas ponderando la limpieza de culto y de separación, mientras que los profetas, pregonando la justicia social y el derecho de los más débiles.

Como hemos podido ver, cada obra literaria del canon del Antiguo Testamento aporta un aspecto de la vida del pueblo de Israel a los ojos de la voluntad de Dios expresada en la alianza. No encontramos alguna contradicción entre las diversas teologías, sino una complementariedad. A fin de cuentas, el pueblo necesita una luz para sus pasos en todos los aspectos de la vida, en lo secular y en lo sagrado, en el trabajo y en el templo, en la oración y en la lucha por la justicia.

Finalmente, debemos tener siempre muy presente que los libros de las Crónicas cierran el canon de libros de la Biblia hebrea, en su edición actual. Así pues, al poner nuestros libros al final de la lista de libros considerados inspirados por el pueblo judío, se les da un lugar especial, como síntesis y conclusión de la Palabra revelada por Dios al pueblo de Israel. Además, al igual que el Apocalipsis de Juan cierra el canon del Nuevo Testamento,

también Crónicas, después de narrar un tiempo de purificación por una gran tribulación (2 Cr 36,17-21), vislumbra un futuro prometedor, donde los cielos nuevos darán paso a un nuevo templo en una nueva Jerusalén (2 Cr 36,22-23). Tenemos de esta manera un libro –y un canon– que llama a la esperanza, a pesar de las tribulaciones del presente.

7. EL AUTOR DE CRÓNICAS

Realmente es muy poco lo que conocemos del autor del libro de las Crónicas, que de ahora en adelante, denominaremos como: el Cronista. Es difícil poder definir si se trata de una sola persona o de un grupo de personas, es decir, de una escuela cronista. A decir verdad, poco importa. Lo que tenemos es una narración histórica que es el resultado de la experiencia de inspiración de un autor, plasmada en letra.



SACERDOTES Y PROFETAS

Cuando pensamos en los hombres del Antiguo Testamento designados como sacerdotes, corremos el riesgo de pensar que su ministerio es esencialmente –si no exclusivamente– cultural. Además, los imaginamos, según el modelo sociológico de Max Weber, representando la institución y en franca oposición a los profetas, representantes del carisma. Sin embargo, en el Antiguo Testamento esto no es del todo aplicable.

Primero debemos aclarar que la función «esencial» del sacerdote en el Antiguo Testamento era la de enseñar. Efectivamente, la palabra «Torá», que puede ser entendida como instrucción, era el ministerio propio de los sacerdotes y fueron ellos los que dieron redacción final al Pentateuco. A ellos se les consultaba sobre las leyes, los mandamientos, las prohibiciones y los relatos que regían la vida del pueblo. Además de enseñar, los sacerdotes tenían funciones litúrgicas en el templo por algunos días al año y, después del exilio babilónico, comenzaron a tener funciones de regencia en el pueblo judío, con la encomienda especial de velar por los derechos de los más pobres.

Segundo, salvo en casos excepcionales de conflicto con los profetas, como el episodio aislado de Amós en Betel (Am 7,10-17), los oráculos de Jeremías contra el templo de Jerusalén y contra los sacerdotes, la relación entre sacerdotes y profetas fue más bien apacible y hasta complementaria. Mientras que los profetas eran los encargados de hacer llegar la Palabra de Dios al pueblo, los sacerdotes llevaban la palabra del pueblo a Dios. Esto no quita que los profetas, y la misma historia cronista, critiquen el tipo de culto fingido, divorciado de la justicia y la liberación.

Quizá podamos aventurarnos un poco e intuir que el Cronista es de la tribu de Leví, pues conoce y maneja las tradiciones litúrgicas y cultuales de su tiempo. Nos transmite la manera en que los sacerdotes celebraban al interior del templo, aun estando este en reconstrucción. Y con un poco más de atrevimiento, podríamos mencionar que alguien ha sugerido que el Cronista pertenecía a los cantores de los levitas, ya que estos tienen un lugar preponderante en la narración.



PARA PROFUNDIZAR Y COMPARTIR

- Para tener una mejor comprensión de las distintas perspectivas de la obra deuteronomista y de la obra cronista, se puede leer y comparar 1 Sm 8 con 2 Cr 31. ¿Quién es la figura central en cada relato? ¿Para quién son los diezmos y las prerrogativas? ¿Cuál es la función del rey en cada relato? ¿Qué tipo de vocabulario se utiliza en cada narración? Se puede hacer una lista con las palabras más utilizadas en cada uno de los relatos (campos semánticos).

- Hemos visto en un recuadro que, a pesar de la crítica de los profetas al culto desasociado con la justicia, coincidían en aspectos fundamentales con los sacerdotes. Ahora se puede hacer el ejercicio de leer las siguientes citas para comprobar que los sacerdotes también podían ser profetas: 1 Cr 25,1-3; 2 Cr 29,25; 32,20; las obras proféticas mencionadas por el Cronista: 1 Cr 29,29; 2 Cr 9,29; 12,15; 21,12;

26,22; y la alabanza que se hace de los profetas en esta obra sacerdotal: 1 Cr 16,22; 2 Cr 20,20; 24,19.

- Los escritos del Nuevo Testamento y la Tradición de la Iglesia sostienen la identidad sacerdotal de todo el pueblo de bautizados, ¿cómo se puede ejercer ese sacerdocio común?, ¿cuál sería el ministerio más importante para los bautizados y para los ministros ordenados? Según *Lumen Gentium* 10 y 11, ¿de qué formas se puede ejercer el sacerdocio?

- Para compartir, se puede contar un suceso acaecido en la colonia o en la comunidad donde se participa: ¿Qué palabras eligió cada relator? ¿En qué aspectos se fijaron más? ¿Por qué no se cuenta el mismo suceso de manera idéntica? ¿Cómo lo contaría alguien que no presenció dicho acontecimiento? Las diferentes maneras de contar una historia, ¿la empobrece y la enriquece?

II. 1 CRÓNICAS: GUÍA DE LECTURA. UN GRAN PREFACIO: ¿POR QUÉ SOMOS EL PUEBLO ELEGIDO?: 1 Cr 1–10

Las genealogías son un tipo de género literario que frecuentemente choca con nuestra manera de pensar y concebir la identidad de una persona o un pueblo. Nos parecen listas interminables, fastidiosas y sin sentido, desde nuestra manera de plantear las cosas. No tienen la gracia de una trama narrativa, ni la belleza de una oración, la sonoridad de un refrán o la fuerza de un oráculo. Dentro de los géneros utilizados en la Biblia, las genealogías son, quizá, el menos atractivo para leer o para hacer una *Lectio Divina*. Y, no pocas veces, la tentación de saltarse esas partes aburridas de la Biblia es bastante grande.

Pueden ser insidiosas, es cierto, pero tienen un sentido y una intención antropológica y teológica en las historias de la Biblia. Hoy tenemos actas de nacimiento, credenciales y pasaportes que nos identifican como individuos y como miembros de una nación. En los tiempos bíblicos, las genealogías de linaje de una persona o un pueblo eran su manera de acreditarse a sí mismos, pero principalmente, ante los demás. Cuando el honor –la buena

fama ante los otros— era el valor fundamental, las genealogías constituían la mejor manera de presentarse como descendiente legítimo de un gran héroe, de una familia respetable o de un pueblo honroso.

Pero la intención en los libros de la Biblia no era solamente antropológica, sino también teológica. En los libros de las Crónicas, la intención teológica de las genealogías es mostrar que la identidad del pueblo sacerdotal de Israel, elegido por Dios, estaba ya dispuesta desde los orígenes mismos del mundo, desde la creación del primer ser humano. Así, la urgencia que hace el Cronista a su pueblo para redefinir su identidad en torno al sacerdocio, el culto y el cumplimiento fiel de la alianza, no son ocurrencias imprevistas, sino el resultado de un plan divino trazado desde antiguo para toda la humanidad, por medio del ministerio sacerdotal del pueblo de Israel.

1. SOMOS DEL LINAJE HUMANO DE ADÁN (1 CR 1)

En ningún otro libro de la Biblia tienen tanta importancia las genealogías como en los libros de Crónicas, tal vez debido a que ningún otro libro fue redactado en un momento de tanta heterogeneidad en el pueblo de Israel. Es tan amplia la inserción de genealogías a lo largo de la obra, que cierta tradición rabínica llamaría después a Crónicas el «libro de las genealogías» (*sefer toledot*).

Habían pasado momentos difíciles, pero incluso estando en el exilio, todos podían sentirse parte de un mismo pueblo. Ahora, en cambio, las cosas son distintas y hay diversas tribus, diversas escuelas teológicas y posturas diferentes respecto a lo que es esencial para pertenecer al pueblo de Dios, así como desiguales actitudes para con la reconstrucción del templo y el papel de los levitas y sacerdotes en la regencia del pueblo.

Esta primera parte de la genealogía va desde Adán (1,1) hasta los descendientes de Edom o Esaú (1,27). En la retórica bíblica, cuando se presentan listas de personas, lugares, acciones, etc., las posiciones más importantes serán siempre la primera y la última. De esta manera, podemos ver que el lugar preponderante en esta genealogía es el de Adán. Y es que al comenzar con Adán, se quiere resaltar una cosa: Israel es el primogénito de entre todas las naciones. Desde la misma creación —el Cronista supone que

sus lectores conocen ya los relatos de la creación del Génesis— Dios hace una alianza con Adán, en vistas a crear un pueblo de su descendencia.

De hecho, los relatos de la creación están redactados en lenguaje de alianza sacerdotal, como si la creación de Dios fuera una liturgia cadenciosa y lo que estuviera construyendo fuera un gran templo. Baste recordar que Dios crea en seis días y consagra el séptimo, repite siete veces la expresión «Dijo Dios: haya...» y la primera frase tiene en hebreo exactamente siete palabras: «en-principio creó Dios los cielos y-la tierra» (*bereshit bara elohim et hashamayim vet harets*).



ADÁN: SUMO SACERDOTE DE LA HUMANIDAD

No solamente el Cronista ve en Adán a un personaje con características y responsabilidades sacerdotales, sino que en la literatura apócrifa vemos también ya desarrollada esta idea. He aquí dos ejemplos:

«Este edificio [el templo] construido en medio de ustedes no fue revelado por Mí, sino que fue preparado de antemano aquí desde el momento mismo en que yo planeé hacer el Paraíso y lo mostré a Adán antes de su pecado. Pero cuando él transgredió el mandamiento, fue expulsado de él, así como del Paraíso» (2 Baruc 4,3).

«Luego les hizo vestidos de piel, se los puso y los echó del jardín del Edén. Y el día en que salió del jardín, ofreció Adán un buen aroma, aroma de incienso, gálbano, mirra y nardo, por la mañana cuando salía el sol, el día en que cubrió sus vergüenzas» (Jubileos 3,27).

En este lenguaje litúrgico y sacerdotal, el jardín del Edén es caracterizado como el lugar más recóndito y santo del templo –Santo de los Santos– y la labor de Adán para con este jardín está expresada en Gn 2,15 con terminología propia del servicio litúrgico: servir y guardar (*abad - shamar*), como será también la labor de los levitas para con el templo: «guardando (*shamar*) en el servicio (*abad*) del templo de Dios el ritual de la Tienda del Encuentro, el ritual del santuario y el ritual de los hijos de Aarón, sus

hermanos» (1 Cr 23,32). Así pues, Adán es el primer elegido por Dios para establecer una alianza con él, pero a Adán y sus descendientes les corresponde vivir con fidelidad su parte de la alianza, guardando los mandatos divinos y sirviendo en la liturgia del templo.

La genealogía va enlistando los descendientes de Adán, sabiendo que todos ellos fueron incapaces de cumplir con fidelidad su alianza. Sorprende que apenas se mencionen los nombres de Noé o Abrahán, sin ningún tipo de comentario, pero al Cronista le interesa enfatizar aquellos personajes que fueron fieles en las prescripciones *rituales* de la alianza, por lo que Noé, que según la tradición judía representa a la gentilidad, o Abrahán, que nunca es presentado con funciones sacerdotales, no son relevantes para su intención teológica.

Solo cuatro personajes merecieron un comentario por parte del autor en esta primera genealogía, y no es coincidencia, sino que responde a un esquema narrativo y teológico que repetirá a lo largo de toda su obra. Veamos quiénes son los privilegiados:

Nimrod	Fue el primer hombre poderoso (<i>gibor</i>) de la tierra	Monarquía
Peleg	En sus días fue dividida la tierra	División
Abrán	O sea, Abrahán	Nueva alianza
Edom	Estos son los reyes que reinaron en el país de Edom antes de que hubiera rey entre los israelitas	Opresión extranjera

Como podemos ver, los cuatro comentarios a personajes en este primer capítulo, corresponden a las grandes etapas de la historia de Israel narrada por el Cronista: monarquía unida bajo David y Salomón (1 Cr 11–2 Cr 9); división del reino de Israel (2 Cr 10–12); nuevas alianzas (2 Cr 13–35) y la opresión de Babilonia (2 Cr 36). No hay que olvidar que el Cronista redacta en una época en que, a pesar de estar en un distrito del Imperio persa –Yehud–, gozan de cierta autonomía de gobierno –ya no monarquía, pero sí gobernantes hebreos–, pero están amenazados por las contraposiciones respecto al templo y el culto (división), por lo que si no encuentran una

cohesión pronto, basada en la fidelidad a la alianza (nueva alianza), vendrá una dominación extranjera más feroz (opresión). No es solo un esquema histórico, sino principalmente paradigmático.

Una última anotación vale la pena presentar: la elección de Israel no es un fin en sí misma, como si fuera un privilegio, sino es una responsabilidad de servicio a la humanidad, por eso la importancia de presentar a Adán como el primer sacerdote que custodia y guarda la creación entera. De esta misma forma, Israel no puede encerrarse en sí mismo, sino que se debe sentir llamado a ejercer un servicio –principalmente sacerdotal– a todos los pueblos de la tierra. La mención de extranjeros en el linaje humano de Israel implica una postura de tipo universalista, más cercana a la teología de Jonás que al ensimismamiento de Esdras-Nehemías. Después de todo, y aun siendo una nación santa, Israel es hijo de Adán, como los demás pueblos.

2. SOMOS DEL LINAJE REAL DE DAVID (1 CR 2,1–5,26)

Nuevamente, como buen lector de las tradiciones de su pueblo, el Cronista conoce y espera la profecía de Gn 49,8-12 (principalmente v. 10). Esta profecía llegó a su punto de inflexión en el reinado de David, quien no solo desempeñará una función política, sino también religiosa y hasta sacerdotal. De hecho, para el Cronista, el rey David es una especie de Nuevo Moisés, quien por cierto recibe poca atención en las genealogías.

Al igual que en los descendientes de Adán, también los antepasados y los descendientes de David no son precisamente étnicamente puros, sino que hay extranjeros –aunque se menciona a Booz, el Cronista espera que su lector piense en Rut, mujer moabita que se casa con Booz y engendra a Obed, el abuelo de David–. Podemos decir que el linaje de David tiene que ver más con la fidelidad a la promesa de Dios que con la conservación de la pureza de la raza. De hecho, el Cronista nunca condena los matrimonios mixtos mencionados en su obra, antes bien, parece aprobarlos e interpretarlos como inicio escatológico del reino israelita que se abre a la adoración de todos los hombres y mujeres hacia el Dios de Israel.

Como también en la sección anterior, el autor de Crónicas busca llamar nuestra atención al interrumpir la secuencia de nombres en su genealogía, para agregar una escueta narración, que no es una simple interpretación,